

CUENTO N°190

TÍTULO: INTENSA HOSPITALIDAD

SEUDÓNIMO: JUSTO SOTO PÉREZ

AUTOR: JORGE JUSTINIANO LÓPEZ SOTOMAYOR

Intensa Hospitalidad

Cuando la duda se instala en el pensamiento de uno, no se detiene, no desaparece, y se vuelve insistente hasta que aparezca alguna forma de ser resuelta. Así va tiñendo las decisiones, las formas que toma la vida a medida que se desenrolla, como en una película. Todo cae en la interrogante de si será correcta la decisión tomada, o vamos a terminar en el fondo de un hoyo.

Ninguno de los dos amigos de 19 años, que una vez cumplida la mayoría de edad salieran a recorrer el mundo y ahora viajan por el norte de Marruecos, África, mochileando, calzados con bototos, sombrero alón de cuero y pinta de aventureros, podía saber si lo que les estaba por suceder era una señal maravillosa, o el presagio de un desastre.

Van en dirección al atardecer en el vagón del medio del tren de Uchda a Fez, como dos lunares: los únicos extranjeros en un mundo de musulmanes Marroquíes que tratan de hacerles mil preguntas inentendibles. Los más pequeños se burlan un poco de ellos en su dialecto enrevesado, y lo poco que alcanzan a entender es que se refieren a ellos como “Django”, el personaje de las películas italianas sobre el oeste norteamericano, conocidas como “Spaghetti Westerns”. El asunto se empieza a poner peludo, cuando unos muchachos mal agestados y violentos los empiezan a rodear con cara de agresividad. Pero justo en ese momento interviene un policía pequeño y flaco, que apenas parece policía por lo raído de su uniforme y sus zapatos de calle, a pesar de la presencia de un pistolón negro que enfundado en una cartuchera cuelga de las viejas correas sobre su pecho. Se levanta de su asiento y se acerca a los jóvenes extranjeros hablándoles en voz alta y clara, en una mezcla de dos palabras en francés y señas con las manos. Indica que deben seguirlo y bajar en la próxima parada tras suyo.

Los amigos se dan cuenta que tendrán que hacerle caso al “policía” ese, si es que quieren zafar de la tensa situación que se empieza a desarrollar en el caluroso vagón ferroviario, ya que lo único que los pareciera proteger es la eventual autoridad de aquel pistolón negro.

-“Maison beaucoup, beaucoup maison”- repite el hombre mientras gesticula que los está invitando a su casa, al tiempo que con sus ojos indica que los está protegiendo de los malandras que observan la escena con aspecto furioso y amenazante, decepcionados de perder la presa de sus malas intenciones.

-Merçi, monsieur. - responden apurados los muchachos agarrando sus bolsas y abriéndose paso hacia la puerta, siempre bajo el vigilante ojo de su nuevo y circunstancial amigo.

El tren lentamente disminuye su marcha, y los dos amigos se miran sin decir nada, pero claramente de acuerdo en lo que están haciendo. Es un camino

incierto, pero no hay otra alternativa.

Una vez abajo de la pisadera y en la tierra firme del andén, el policía se presenta como “Abdul”. Ambos jóvenes hacen lo propio como “Arturo y Domingo, de Chile...”

-¿¡Hilí, Hilí!?-pregunta sorprendido el hombre, con cara de no entender y ellos insisten.

-Chile, Chile, Amerique du Sud!! - pero no se ve que el otro entienda mucho.

Las circunstancias y la presión juegan en contra de la comunicación entre ellos, aunque igual Abdul logra guiarlos hasta donde tiene su pequeña moto encadenada a una reja de fierro.

¿Cuándo se les iba a ocurrir a estos dos muchachones que hacer un viaje inocente por el norte de África, intentando conocer el mundo al tiempo que experimentan el hacerse adultos y probar de primera mano la total independencia, pudiera tomar estas vueltas sorpresivas que desafían toda lógica? Se habían bajado del tren antes de entrar a Fez, en medio de la nada, confiando el todo por el todo en un personaje desconocido y enviado por el azar.

Siguiendo las instrucciones de Abdul, ponen sus bolsos sobre la motocicleta, y los tres echan a caminar por las angostas calles de la ancestral Medina de Fez en dirección a la casa del policía, quién va muy contento hablándoles en árabe, sin parar, aunque ellos no entiendan ni jota de lo que dice.

Por la calle las mujeres circulan totalmente enfundadas en su chador negro, permitiéndoles apenas la vista de un sólo ojo. Aún así pueden reconocerse entre ellas y saludarse con grandes aspavientos femeninos, como en cualquier otra parte del mundo.

Las calles son angostas y laberínticas. Es el atardecer, y la luz se va rápido. Cada vez hay menos gente, y las vueltas a cada esquina, les hará imposible encontrar el camino de regreso, piensa Arturo para si, mientras Domingo, aparentemente no piensa en nada.

Según lo que logran entender por las señas de Abdul, van a su casa a un buen comer y a un buen dormir. Ellos le indagan frotando los dedos, para saber cuanto les va a costar, y el árabe responde tocándose el pecho con orgullo, mostrando que se trata de su invitación.

-”Maison beaucoup, beaucoup maison...”- insiste abriendo sus manos repetidamente a sus nuevos amigos.

Al doblar la siguiente esquina aparece una calle de gastados adoquines y altos murallones, con balcones que se cruzan entre los techos. En la casa del fondo, Abdul estaciona su motocicleta sin parar de parlotear en árabe. Los dos chilenos lo siguen con sus bolsos al hombro, mientras él saca las llaves y suben

las escaleras. Uno, dos, tres pisos, y se detienen frente a un departamento. Abdul abre la puerta ceremoniosamente y los invita a entrar con su consabida frase en francés.

- "Maison beaucoup, beaucoup maison..." -

Es un departamento pequeño, donde vive con su esposa y tres niños chicos, a la que saluda en voz alta mientras se saca las correas con el pistolón y las cuelga en el perchero de la entrada.

Ella, delgada y pequeña se pone rápidamente un velo que le cubre la cabeza y la cara en cuanto escucha que Abdul viene con visitas, y se las presenta en árabe. Todos hacen reverencias. Abdul le dice algo, y ella procede a guiar a los dos amigos hasta el baño. Les entrega sendas toallas viejas pero limpias y jabón, echando a correr la ducha caliente. Más reverencias agradecidas de los visitantes, hasta que ambos quedan solos, mirándose sonrientes. Hacen días que no han tenido acceso a una ducha, y la perspectiva de un buen baño les sube el ánimo alegremente. Arturo mira a Domingo con su picardía de siempre y le habla bajo, como si alguien los fuera a entender.

- "¿Acaba de pasar todo esto?"

- "No sé, pero apenas podamos nos vamos."

- "¿Estás loco? ¡Si para esto viajamos!"

- "Sí, pero no podemos aprovecharnos de ellos. Mira cómo viven."

- "Como quieras, pero a mi esta ducha me está llamando."

Ya cuando los dos amigos salen del baño completamente renovados, Abdul los espera sobre unos cojines en la salita, con una botella de licor y tres vasos pequeños que procede a llenar con clara maestría hasta el borde, indicándoles que es para brindar.

El licor es fuerte, y más si se lo toman al seco, como se los demuestra su anfitrión, quién procede de inmediato a rellenar las copas llamando en voz alta a su mujer.

-Leyla, Leyla...-

Es cuando entra ella con una bandeja de aromáticas piezas de pollo, acompañadas de jugosas lonjas de melón tuna, y los invita a sentarse en los cojines. Mientras Leyla sirve cada platillo, Abdul le habla gentilmente, dándole a entender que tiene autorización para que se saque el velo, a lo que ella se resiste un poco. Cuando finalmente accede y se descubre, aparece la mujer morena más bella que ambos muchachos hayan visto en el país. Es mucho más joven que su marido, de nariz respingada y finos ojos negros, rasgados y sonrientes, igual que su boca rosada y rellenita que deja entrever unos dientes perfectos. Su sonrisa magnética y movimientos sutiles la hacen parecer como una diosa que se desplaza etérea por el minúsculo departamento, ya sea haciendo dormir más allá

a los pequeños, o sirviendo un hirviente té de menta en unas tacitas decoradas con finos arabescos.

Abdul, rechaza el té, y se sirve dos nuevas porciones del licor, que se toma al seco. Luego procede a contar en árabe una alegre historia que se auto celebra él solo con grandes carcajadas.

La comida está deliciosa, y aunque comen con las manos al estilo local, los modales son finos y contenidos. Cada uno cuenta con una larga servilleta que los protege de las manchas. Luego pasan las manos por un bol con agua tibia y se las secan en unas toallitas húmedas.

Arturo y Domingo advierten con un poco de preocupación, cómo Abdul va pasando de “entonado” a “borracho”, y cómo hasta le cuesta echarse a la boca los granos de uva que ha traído Leila de postre. Ella se da cuenta y le pone unos cojines en una esquina de la salita, donde lo recuesta muy amorosamente, cubriéndolo con una manta, mientras él, sonriente, se deja hacer.

Luego ella se vuelve a los jóvenes y, con señas y besos en la mano, les pregunta en un champurreado francés si ellos son pareja, lo que ambos niegan sorprendidos. Ella entonces los conduce a la habitación contigua, claramente la habitación principal de la casa, donde se encuentra la cama matrimonial junto a un armario, y otra camita más pequeña bajo la ventana que da a la calle. A Arturo ella le asigna la cama grande para dormir, y a Domingo le indica que su lugar es la camita de niño. Arturo se ríe con su buena suerte, y Domingo se da cuenta que la situación no se puede discutir por lo que acepta dignamente.

Abdul, apenas un poco más allá, justo al lado de la puerta de la habitación, yace acostado bajo las mantas, y ella lo ayuda a desvestirse para que se duerma. Está bastante borracho y le cuesta un poco hablar en voz baja, pero le dice insistentemente algo a Leyla, que ella discreta solo le responde con una sonrisa tranquilizadora.

Siendo la única lámpara del lugar la de la salita, cuando ella la apaga, se produce la oscuridad casi total.

Excepto por la luz de la calle que entra débilmente por la ventana de la camita infantil donde se encuentra Domingo. Poco a poco la vista se le acostumbra, y ya puede ver a su alrededor cada vez más. Incluso ya puede divisar a Arturo en la oscuridad, y sin atreverse a hablar, ambos se hacen señas positivas levantando los pulgares. ¡Qué aventura esta!

Sonriente, y más tranquilo con su suerte, Domingo se acomoda en la camita, la que a pesar de ser angosta va bien de largo. Se pone las manos tras la cabeza, mientras con los ojos cerrados repasa en su mente lo inverosímil de lo vivido. Cuando repentinamente se percata que se le acerca Leyla. Sigilosa como una pantera, vestida apenas con un negligé transparente y corto que exhibe toda

su magnífica desnudez, ella esparce un perfume dulce en el aire. Él la mira sin comprender mucho, y ella le dice en un francés quebrado, que quiere dormir con él, que le haga un espacio. El joven no puede creer lo que escucha, y su mirada se dirige directamente a Abdul, apenas a un metro y medio de la escena.

-No, no, oye, pero si Abdul está ahí mismo, no, no... - intenta explicarse en susurros el muchacho, mientras ella se ha arrodillado al lado de la cama y expertamente lo empieza a recorrer bajo la sábana.

-No preocupar, yo mandar en casa esta...- le dice suavemente en la oreja mientras se desliza junto a su cuerpo como un ofidio siseante e irresistible.

-No, te digo que no, Leyla, ándate inmediatamente...- insiste el muchacho entre muerto de miedo y al borde de no resistir las caricias, el aroma dulce de ella y los besos que le va dando en el cuello.

-¡No, Leyla, no es posible! ¡Imagínate que Abdul se despierta y nos encuentra... No, mejor te vas.

Ella reacciona aumentando sus caricias, especialmente cuando baja hasta el sexo del joven que ya se encuentra duro a más no poder. Leyla lo mira con esos ojos almendrados y una carita implorante, imposibles de resistir. Suavemente le toma la mano al incrédulo muchacho y se la lleva hasta su propio sexo suave, húmedo y palpitante, permitiéndole a él sentir que lo de ella es real, y que no tiene ninguna intención de detenerse.

Viendo que los dos ya se encuentran suficientemente excitados, ella con mucha experiencia desplaza una pierna sobre él y se acomoda encima de su cuerpo para proceder a darle un suave beso en la boca. El contacto es leve al principio, pero luego, como si necesitara más, se apoya en él y lo besa con ansiedad. Sus labios son cálidos y húmedos, su pelo le acaricia la cara. En un instante Domingo se da cuenta de que le está devolviendo el beso con la misma ansia que va creciendo en intensidad por ambas partes, hasta que ella se deja penetrar con delicadeza generando en ambos una sensación de placer indescriptible.

A Domingo se le quiere escapar un gemido que le brota desde el fondo del alma, pero Leyla le absorbe el aire con la intensidad de su beso, acallando cualquier reacción involuntaria que revele que se encuentran al borde del quinto cielo.

Los movimientos intensos y acompasados de esta odalisca morena revelan como junto a su belleza arrobadora, ella es además una experta amante que sabe usar su cuerpo, produciéndose tanto éxtasis a sí misma como a su compañero, siempre manteniendo el cuidado extremo de no provocar ruidos ni alteraciones, que pudieran despertar a los niños o al policía dueño de casa, que se encuentra ahí no más, a unos metros de ellos, y a un salto apenas de su pistolón de servicio,

colgando junto a la puerta.

Domingo, inexperto y asustadizo, siempre lleno de dudas, no puede creer lo que está viviendo. Ni en sus mejores sueños de adolescente se hubiera imaginado encontrarse en esta situación. Un verdadero regalo del cielo que lo tiene inconsciente de placer, entregado a la vida con una hembra que lo cabalga a voluntad en una cadencia irresistible. Con los ojos bien abiertos la observa maravillado mientras sus preciosos senos suben y bajan con el movimiento acompasado, invitándolo a tocar esos erectos pezones oscuros, como fruta prohibida, cosa que a ella la mueve en lo más profundo, haciéndola emitir un suave gemido femenino, entre infantil y gatuno.

Justo cuando al muchacho se le empieza a acumular la energía volcánica que pugna por estallar como un cielo de fuegos artificiales en año nuevo, en la puerta del pequeño departamento se escucha repentinamente el golpear enérgico de alguien que llama.

-¡¡Abdul, Abdul!! - suena urgente el llamado del visitante inoportuno.

A Domingo le cuesta volver a la realidad, y el momento de su éxtasis supremo, se convierte en un sentimiento de pavor repentino. La sesión amorosa se congela como si se hubiera detenido la proyección cinematográfica en un cuadro fijo, y ninguno de los dos se atreve a mover un músculo, ni siquiera a soltar la respiración contenida.

- ¡¡¡Abdul, Abdul!! - insiste el grito desesperado de quien golpea fuerte la puerta con urgencia y aún más rápido. Pero Abdul, no se mueve o emite sonido alguno. Tampoco los niños que siguen durmiendo plácidamente.

Involuntariamente, Domingo, preso de la más potente impresión suelta como una exhalación su contenido chorro al interior de Leyla, quién se percata de inmediato y abre los ojos, conectándose ambos en una mezcla simultánea de miedo, entrega y pasión, difícil de comprender.

Domingo es el primero en reaccionar empujándola a ella a un lado, al tiempo que le da la orden con un gesto imperativo, de que se retire de inmediato.

Ella a su vez reacciona con desilusión, y como que no entendiera lo sucedido, pero toma su prenda transparente y suavemente lleva la silueta de su bello cuerpo de vuelta donde su marido.

Los golpes en la puerta se han detenido y ya no parece haber nadie tan urgido como hace un minuto. Incluso Abdul vuelve a retomar un tranquilo ronquido que lo revela profundamente dormido.

Si no fuera por la sensación física que aún recorre su cuerpo, junto al silencio que ahora lo domina todo, se podría decir que lo que él acaba de experimentar nunca sucedió, que lo inventó su mente, que ha sido producto de su excitada imaginación erótica.

Pero su imaginación se encuentra desbocada con las preguntas que surgen a borbotones, con los miedos y la incertidumbre: Y ¿qué tal si todo no ha sido más que una artimaña para pillarlos con las manos en la masa, y asaltarlos para robarles lo poco que andan trayendo? ¿Y si el que golpeaba tan desesperado la puerta, ha sido un cómplice de Abdul y Leyla, que no ha insistido lo suficiente como parte del plan para atacar a los jóvenes mochileros?

Arturo, en la otra cama no puede resistir una queda carcajada bajo las sábanas, haciendo que Domingo lo encare alterado pero siempre manteniendo la voz en un suspiro.

-¿Que no viste lo que pasó?

-Sí, claro - contesta el otro - era imposible no darse cuenta.

-¿Y no te parece súper peligroso que pudiéramos estar aquí metidos en una trampa caza-turistas? Hay que irse!!

-Yo creo que estás medio paranoico tú... mejor durmámonos, y mañana decidimos qué hacer...

-Yo no sé si pueda dormir después de lo que me ha pasado...

-No se puede decir que haya sido malo o desagradable. En todo caso yo vi que estuviste de lo más entusiasmado con la "Morita" esa...

Domingo decide no responderle a su amigo, y más bien se prepara para no bajar la guardia y estar atento a cualquier sonido o movimiento sospechoso que pueda implicar un asalto o una agresión a ambos. Incluso junta los puños con fuerza, en una actitud defensiva, por si se hace necesario.

La duda de si esto ha sido sólo una trampa para despojarlos de lo que sea, crece en su mente de forma implacable sin permitirle pegar pestaña.

El resto de la noche se hace silencioso y tenso para el joven chileno, tan lejos de su entorno natural, pendiente de cualquier movimiento que fueran a hacer los árabes, tanto dentro del departamento como afuera en la calle. Pero aparte de unos bichos ínfimos que insisten en caminarle por el cuello y la espalda, no sucede nada que lo sobresalte, hasta que mucho rato después, la luz comienza a cambiar y lentamente va asomando el amanecer.

En silencio más allá, la mujer se levanta primero a calentar agua, mientras el marido se viste sin apuro. Ella le trae un té de menta, y apenas cruzan algunos monosílabos entre susurros. No pasa mucho tiempo para que él vaya a ponerse su cinturón de policía con la cartuchera y la pistola. Luego se despiden y él sale cerrando la puerta.

Con todos los sentidos en alerta, Domingo escucha que Abdul baja las escaleras, y hace partir su pequeña moto, alejándose por la calle. De inmediato aplica el plan que ha urdido durante la larga vigilia nocturna: en cuanto el marroquí haya partido a buscar a sus posibles amigos, hay que levantarse y abandonar este

lugar. Decidido, no lo piensa más y se levanta a despertar a su amigo Arturo, urgiéndolo a que agarren rápido sus cosas y aprovechen la oportunidad de que Leyla ha quedado sola para irse de ahí. Arturo no le compra mucho tanta paranoia pero al verlo tan decidido, amenazando incluso con partir solo, accede y prepara sus cosas.

Cuando Leyla ve que los dos jóvenes se despiden apurados y con todos sus bártulos auestas, no lo puede creer. Sorprendida les pregunta en su precario y frágil francés, el por qué de tan repentina partida, a lo que Domingo le inventa que tienen pasajes comprados para el tren a la próxima ciudad, y ya van atrasados.

Una vez en la calle, se encuentran con la creciente actividad matinal, y preguntando a los pasantes por el bus al centro logran llegar a un paradero, donde suben entre los trabajadores que parten a la plaza de Fez. Allí esperan encontrar el Hostal de Juventud, central y barato que les habían recomendado originalmente.

Finalmente, con la calma de haber superado la curiosa, tensa e increíble situación y sabiéndose ya fuera de peligro, entran al café que está junto al hostal, para tomarse un reponedor desayuno. El lugar pertenece a un gringo hippy muy simpático y conversador, que en cuanto se percata que los muchachones son extranjeros, se pone a preguntarles por sus vidas con lujo de detalles.

A medida que se va dando la confianza, Domingo saca la voz para contar como acaban de escapar de una situación que tenía todos los ribetes de un asalto. Sin embargo el gringo, que lleva años viviendo en la ciudad y en el país, los mira con una sonrisa que sólo puede expresar la ternura que ambos novatos le provocan.

- Chicos, -les habla con la sabiduría de quién sabe perfectamente lo que está diciendo -acá en Marruecos existe una costumbre ancestral que demuestra la gran calidad humana de la gente de este país. Se trata de hacer lo que sea para regalar a sus invitados con el mayor cariño posible, en especial si son extranjeros. Incluso llegando a ofrecerle a la visita lo mejor que puedan tener en la vida, su propia cama, el mejor vino, el mejor pedazo de carne en el guiso. En ese mismo espíritu, acostumbran a ofrecer también a la propia esposa del dueño de la casa, en un gesto admirable de compartir, que los enaltece en lo más profundo.

Los dos jóvenes amigos se miran sin saber si sentirse estúpidos, ignorantes, o qué. Domingo tiene más bien una sensación de vergüenza, que se mezcla con las ganas de volver donde Abdul y Leyla para explicarse y agradecerles de corazón, pero sabe que será imposible ya que encontrar el apartamento de sus huéspedes en medio del laberinto de la Casbah, sin datos ni nada, queda fuera de toda consideración. Solo les queda la lección aprendida.